

Pedro Henríquez Ureña y el modernismo

♦
DIONY DURÁN

Era el año 1905 y Pedro Henríquez Ureña alternaba funciones entre una casa comercial de La Habana y la crítica literaria en las publicaciones *Cuba Literaria* de esta capital y *El Teléfono* de Santo Domingo, en donde el dominicano de 21 años presenta sus juicios sobre la literatura contemporánea. No hay que repetir que es crítica iniciática y orientadora como se ha señalado sistemáticamente, sólo subrayar que es análisis revelador y desprejuiciado, que se formula en una época en la que todavía el modernismo es norma literaria dominante y la crítica centraba su interés en el poeta vivo y portaestandarte del movimiento: Rubén Darío.

El dominicano escribía versos tocados muchas veces por el espíritu poético del modernismo y conocía mejor que nadie las renovaciones métricas y rítmicas de la poesía modernista, como deja constancia en su detallado examen de la obra de Darío en el artículo que le dedica ese año. También a "El modernismo en la poesía cubana" y al "Martí escritor" dedica espacio crítico en un año que se revela muy fértil para el dominicano. Y es preferible retenerlo en este momento, aun a expensas de analizar posteriormente su recorrido hasta la consolidación de ideas en *Las corrientes literarias en la América hispánica*, porque en este año surgen también las expectativas sobre el nuevo libro de Darío, *Cantos de vida y esperanza*, y porque Henríquez Ureña reacciona con pasión en defensa de Martí, en lo que parece haber sido una sonada polémica en torno al poema de Enrique Hernández Miyares, "La más hermosa", dedicado a Manuel Sanguily. El artículo "Martí escritor", dice Pedro, "Fue provocado por los ataques que dirigía a Martí aquel Ruy Díaz de 'La más hermosa'. Yo escribí sin mencionarlo, por supuesto, y tratando de incitar a Jesús Castellanos a una campaña en pro de Martí escritor, desconocido entonces en Cuba".¹ Éste es el otro elemento que diseña en líneas generales la situación de la crítica al escritor cubano, quien para entonces aparecía en nuestra prensa de los primeros años del siglo, entre los "ayes" y los "do

de pecho" de la poesía patriótica de ocasión y en los bustos enyesados de los edificios públicos.

Henríquez Ureña conoce ampliamente el estado en que se halla la crítica, ha leído la que le dedicara Rubén Darío a Martí, las palabras de Justo Sierra en México, los comentarios de Gutiérrez Nájera a *La Edad de Oro* y aun los del francés Frédéric Loliée, a quien encuentra similar a Carlyle en su *Historia de las literaturas comparadas*.

Y aun habría que recordar entre los olvidos y la crítica apasionada aquella de José Enrique Rodó a Rubén Darío, en la que sancionaba: "No es el poeta de América..."² Estos pocos elementos —todavía habría más— componen un espacio especulativo sobre dos figuras centrales del modernismo y muestran la índole de los juicios de sus contemporáneos. Entre el impresionismo de la propia crítica modernista y el positivismo subyacente se caldeaban las ideas sobre un movimiento que recibía más reconvenciones que análisis y, a pesar de todo, más admiración que desdén.

Pero ni la pasión por Martí, ni los criterios de Rodó que gravitaban en él desde mucho antes en *Ariel*, condicionan en Henríquez Ureña juicios desmesurados. Tiene el tacto de enjuiciar respetando la extrema individualidad de los escritores, y cuando caracteriza globalmente propone que "Cuba es la patria de dos de los cuatro iniciadores del movimiento modernista en la poesía americana: Casal y Martí, copartícipes de esa gloria con Rubén Darío y Gutiérrez Nájera".³ Pero en Henríquez Ureña rige, más que el tacto, la conformación de una nueva crítica que se produce gracias a un equilibrio entre la consideración del patrón civilista del escritor multifacético del siglo XIX y el escritor que nace en un proceso de modernización acelerada y gira hacia una valoración estética, que sólo el *deber ser* del concepto de la literatura decimonónica podría sancionar. A partir de ese equilibrio logra el dominicano una estabilidad en

¹ Pedro Henríquez Ureña (P.H.U.), Carta a Félix Lizaso, 8 de febrero de 1927, en Archivo de Lizaso, Caja 734, Núm. 1, Archivo Nacional, La Habana, Cuba.

² José Enrique Rodó, "Su personalidad literaria, su última obra", en *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1967, p. 169.

³ (P.H.V.), "El Modernismo en la poesía cubana", en *Obra crítica*, Biblioteca Americana-FCE, México, 1960, p. 18.

su exégesis literaria y una manera de discutir los entuertos en torno a las figuras sobresalientes.

En contra de la leyenda de Darío que "lo pinta como un góngora desenfrenado y corruptor"⁴ Pedro Henríquez Ureña erige la evaluación histórica de los metros y ritmos clásicos en la poesía española y dilucida con puntería conceptos de lo exótico, lo pintoresco y lo humorista, para concluir: "La alarma del vulgo lector fue hija del irreflexivo espíritu rutinario."⁵ Romper la rutina, aceptar nuevos patrones, y no sólo aceptarlos sino formarse en ellos con una aspiración a la perfección del estilo y a la ponderación estética, refuerzan la oportunidad crítica de quien la ejercía en el mismo horizonte de recepción del modernismo. Es en esta dirección que Ángel Rama rescata a Henríquez Ureña, para integrarlo a su perspectiva, en libros como *Máscaras democráticas del modernismo*, en el que considera sorprendente la acertada conceptualización del dominicano. Rama estaba apuntando a una crítica que formula con precisión las conquistas lingüísticas y de estilo de la poesía hispanoamericana, como cuando Henríquez Ureña señala: "la *nuance*, la gradación de matices",⁶ que se dirige hacia lo que hoy Carlos Rincón considera creación de *efectos específicos*.

Es en esa dirección y en ese mismo momento cuando dice de Martí: "Pero ese estilo de Martí quería ser y era moderno, 'actual', como el de los escritores modernos de los países activos y fecundos en que el idioma evoluciona como todo: expresión de la vida múltiple y complicada de la época."⁷

En la obra de Henríquez Ureña hay muchas referencias a Martí; un ejemplo es la *Utopía de América* del dominicano y su concepción de la literatura; es seguro que el cubano era un paradigma en el criterio del escritor: un "apóstol de la acción"⁸ y un estilista de la lengua. Pero lo significativo en este caso es que enfatice la idea de Martí como "escritor moderno" en relación con la "vida múltiple y complicada de la época", con lo que glosa aquel criterio martiano del escritor inmortal en América ("aquel que refleje en sí las condiciones múltiples y confusas de esta época"⁹), y lo aplica a Martí compendiando valores discímiles, bajo la asunción de un concepto de la literatura ampliado y enriquecido gracias al tiempo fundador en el que participaba Martí; por ello afirma: "La gran fuerza de ese hombre era, repito, su pensamiento. Y a ese gran pensamiento correspondía una expresión vigorosa y bella."¹⁰

Es ésta la ruta que lo lleva a ponderar a Darío y a darle su lugar, puesto que dice: "las historias futuras consagrarán a Rubén Darío como el Sumo Pontífice de la versificación castellana..."¹¹ La relación entre la forma "vigorosa y bella" de Darío y su pensamiento es también conciliatoria porque, en la misma medida en la que se resistía al convite elitista de Rodó, entendía

el eje discursivo sobre el que se levantaba el arielismo como un discurso de la época del que era partícipe Darío. Con la delicadeza que le era propia —sobre todo si se refería a quien ya tenía como maestro—, y con sus mismas armas, contesta al Rodó que criticaba *Prosas profanas* con las variaciones incluidas en *Cantos de vida y esperanza* y, ateniéndose a los presupuestos de la latinidad que abordaba el uruguayo en su discurso, afirma entonces de Darío: "Su *latinismo*, su hispanismo actual, acrecen su americanismo antes indeciso..."¹²

La crítica de Henríquez Ureña es contestataria y se cruza con los discursos de la época en una visión integradora y penetrante; el "escritor moderno" adquiere totalmente su categoría a través de un largo proceso histórico acumulativo que concluye en *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1945), cuarenta años más tarde. Es de nuevo Ángel Rama, escritor que continúa la labor de Henríquez Ureña en su crítica y captación de una tabla de valores, quien se lamenta de que el título del capítulo en el que se refiere al modernismo como "literatura pura"¹³ no esté a la altura de los juicios valiosos con los que critica al intelectual descolocado de la época; es sobre esa perspectiva socio-cultural que Rama se vale de la propuesta del ensayista dominicano para observar la relación entre el intelectual y el trabajo. Así lo reconoce Julio Ramos en su excelente estudio de 1989: "La lectura de Pedro Henríquez Ureña ha resultado fundamental en la historia de la crítica del modernismo, tal como revela la importancia que el concepto de la profesionalización mantiene en las lecturas recientes de J. Franco, A. Rama, Gutiérrez Girardot o J. E. Pacheco."¹⁴

Por su parte, Julio Ramos, siguiendo este recorrido de la crítica al modernismo, analiza la relación entre el escritor y el poder con otro nivel de expectativas, lectura en la que Henríquez Ureña no deja de estar presente.

Mucho más daría para comentar la perspectiva crítica del dominicano sobre el modernismo durante medio siglo de vaivenes socio-literarios. Él organiza planteamientos fundamentales que se desplazan hacia el final del siglo y, en todo caso, la predecencia humanista de su crítica no debilitó el *deber ser* de su proyecto social en favor de juicios de parte. Testigo y partícipe, el humanista dominicano ensanchó a tiempo el espacio del modernismo, con lo que logró que se escucharan sus correcciones a Rodó y a la crítica de su época, situación con la que evitó caer en los análisis limitativos, frecuentes en la década de los sesentas.

Por fortuna, la crítica ha conquistado un ámbito plural para el conocimiento del modernismo, donde, como en aquel tiempo complejo y magnífico, las voces logren la armonía respetando los tonos propios de su grupo, como sentía Henríquez Ureña: "Canta: su canto crece, se eleva, se esparce, puebla dos mundos: ¡canción del sol, peán de gloria, poema de optimismo, himno esperanzado del fecundo porvenir!"¹⁵ ♦

⁴ P.H.U., "Rubén Darío", *op. cit.*, p. 96

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*, p. 101.

⁷ P.H.U., "Martí escritor", en *La utopía de América*, Biblioteca Ayacucho, Venezuela, 1978, p. 291.

⁸ P.H.U., "La obra de José Enrique Rodó", *op. cit.*, p. 334.

⁹ José Martí, "Ni será escritor inmortal en América", en *Obras completas*, t. 21, Editora Nacional de Cuba, La Habana, 1985, p. 163.

¹⁰ P.H.U., "Martí escritor", *op. cit.*, p. 291.

¹¹ P.H.U., "Rubén Darío", *op. cit.*, p. 101.

¹² *Ibid.*, p. 102.

¹³ P.H.U., *Las corrientes literarias en la América hispánica* (Biblioteca Americana), FCE, México, 1949.

¹⁴ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX* (Col. Tierra Firme), FCE, México, 1989, p. 227.

¹⁵ P.H.U., "Rubén Darío", *op. cit.*, p. 105.